



La puerta Este de Europa

Las restricciones fronterizas impuestas por Bruselas aumentan las peticiones de asilo en Polonia, una de las nuevas entradas de inmigración a la UE. Los centros de acogida no dan abasto

Por ANAÍS BERDIÉ, ANTÍA CASTEDO,
BEATRIZ JIMÉNEZ y MANUEL G. PASCUAL

Esperan bajo la lluvia, los pies hundidos en zapatillas de estar por casa. Comienza diciembre y un grupo de chechenos hace cola para recibir los escasos 20 euros mensuales que les proporciona el gobierno polaco como “dinero de bolsillo”. Forman parte de los 5.000 extranjeros (el 95% de la zona rusa del Cáucaso) que viven en centros públicos del país a la espera de que se les reconozca el estatus de refugiados políticos. Espacios donde el tiempo se detiene. Polonia, que cumple un año dentro del espacio europeo Schengen, es el miembro de la UE que más refugiados acoge de esta zona.

“Estos centros son como salas de espera”, reflexiona Wiesław Adamczyk, responsable de cooperación internacional en la Oficina de Inmigración. Los recién llegados aguardan durante meses una respuesta. No deberían ser más de seis según la legislación, pero Adamczyk admite que suele alargarse un año. Fuentes no oficiales hablan de hasta tres. Demasiado tiempo para pasarlo entre las paredes de Debak, el centro que recibe a los solicitantes de asilo, en Nadarzyn, a 20 kilómetros de Varsovia, la capital.

En un antiguo complejo del Ejército, aislado en medio del bosque, habitan 300 chechenos, más de la mitad niños. Las habitaciones se distribuyen en dos austeros edificios de hormigón de aspecto abandonado. El número de zapatillas a las puertas de los cuartos advierte al visitante de que en ellos se agolpan familias numerosas. Abundan las madres adolescentes y pocas tienen menos de cinco hijos. Es mediodía y, mientras las mujeres cocinan, el aroma de los alimentos se mezcla con un hedor a desperdicios y sudor. “Les damos tres comidas al día”, cuenta Natalia Knadel, subdirectora del centro, “pero no les gustan los platos polacos y prefieren cocinar en sus habitaciones”. Cuartos que se saturan con un par de literas, una mesa y, en el mejor de los casos, un camping gas. Para lavarse o ir al baño toca hacer cola: sólo hay uno por planta.

Como éste hay otros 20 centros repartidos por todo el país, que no siempre son acogidos con buena cara. “Los habitantes recelan de los inmigrantes. Temen que les quiten el trabajo”, explica Adamczyk. A Polonia, la llegada de extranjeros le cogió por



Una mujer muestra la habitación en la que vive con su familia. Arriba, exteriores del centro. Fotos: M. G. P.

sorprende. De tradición emigrante, ha tenido que adaptarse al rápido aumento de flujos migratorios del Este. En el caso de los chechenos, su confesión musulmana supone otro obstáculo en un país con un 95% de católicos. “Tras más de una década acogiendo ciudadanos del Cáucaso, sólo hace un año que las autoridades prestan atención su integración”, apunta María Pamula, representante en Varsovia de la agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR).

La UE se preocupa ahora por crear un régimen de asilo común a todos los Estados. En este sentido, la normativa española es de las más garantistas, según la Comisión Espa-

ñola de Ayuda al Refugiado (CEAR). Entre otras cosas, “porque no se trata a los solicitantes como detenidos”. ACNUR aprueba el esfuerzo del Gobierno polaco para mejorar su sistema, el más sobrecargado de Europa Central, pero lo considera aún insuficiente. “Ahora queremos abrir dos centros nuevos”, se defiende Adamczyk. Los meses anteriores a la entrada del estado en la UE (mayo de 2004) y en el espacio Schengen (diciembre de 2007) fueron los que más solicitudes de asilo se recibieron: unas 10.000 en cada caso. Pero, ¿cuántas son aceptadas? “El estatus de refugiado lo consiguen menos del 3%”, comenta Pamula. En España se conceden

un 7%, lejos todavía de los países nórdicos o de los Países Bajos.

Mientras esperan la respuesta del Gobierno, los extranjeros no tienen permiso para trabajar. Pero seis meses de estancia en territorio polaco les legitima para hacerlo aun sin papeles, un vacío legal que los empresarios aprovechan fletando autobuses a algunos centros para cubrir la temporada de la fruta, cuentan desde ACNUR. Salvo estas excepciones, la inactividad reina en el ambiente. Las cifras dicen que más del 90% de los menores están escolarizados, pero en las viviendas corretean decenas de ellos una mañana cualquiera. Un joven de unos 25 años, barba negra y facciones marcadas, cuenta su historia mientras se calza las zapatillas deportivas en el pasillo. Después de atravesar Europa para reunirse con sus familiares en Francia, fue localizado y deportado a Polonia (la legislación de la UE hace responsable de los refugiados al “Estado miembro que haya expedido su visado”).

Los expertos no pueden asegurar si los que pueblan los saturados centros polacos aspiran a establecerse en el país o sólo están allí para acceder a la UE. Los chechenos tampoco lo tienen claro: están a gusto en el país pero han oído maravillas de Europa occidental. Mientras los visitantes abandonan el centro, unas mujeres se acercan vociferando en ruso. “Dicen que no les tratamos bien y que quieren irse de aquí. Se sienten encerradas”, traduce la responsable con resignación •

Frontera blindada

Las trabas de Schengen dificultan la cooperación entre Polonia y sus vecinos

Desde enero más de 100.000 extranjeros, en su mayoría ucranios, bielorrusos y rusos, han solicitado visado para entrar en Polonia. Antes de que el pasado diciembre

el país se uniera a Schengen, espacio europeo sin fronteras y con los controles externos armonizados, se concedían el 99% de las solicitudes. Ahora, entrar en Polonia es mucho más difícil y caro, lo que provoca el

recelo de sus vecinos del Este, con la consiguiente preocupación de Varsovia. “Estamos muy contentos de pertenecer a la UE, pero además de cumplir con Schengen también es importante la cooperación con nuestros vecinos”, explica Waldemar Pawlak, ministro de Economía. “Debemos controlar el flujo migratorio, porque formamos parte de una Europa con fronteras abiertas, y no queremos que entren mafias del este asiático. Hay que prevenirlo, pero no usando el dinero como una penalización”, apostilla.

De los 10 países que entraron en la UE en 2004, Polonia fue uno de los últimos en establecer el sistema de visados. Ahora quiere negociar con la UE las reglas de sus fronteras, por las que desde la caída del comunismo circulaban libremente personas y mercancías. Rebajar el precio de los